

puesto de los hombres en los tranvías, mientras ellos dejaban y abandonaban éstos, para tomar el fusil y partir hacia el Norte cuando la Patria los llamó a las filas, quedando esos menesteres funcionarios a cargo de las mujeres, de Conductoras y Cobradoras, puesto que ocupaban correctamente y sin dilación. Cuentan las crónicas que el año 1883, contaba Santiago con la enorme cantidad de 80 tranvías urbanos, y entre esos 80, 75 carros ocupaban Cobradoras.

Don Benjamín Vicuña Mackenna en una crónica escrita en Marzo de 1883, anota como curiosidad histórica la fecha exacta de ese día también histórico, en que la mujer se atrevió a salir a pelearle a la vida su lucha diaria para el sustento, atreviéndose salir a la calle a esta noble y honrosa lucha.

Fué un día lunes 22 de Enero de 1883, ese día no todos los cobradores de los carros urbano que salieron al servicio eran varones, y ese día salieron por primera vez dos jóvenes mujeres a cobrar pasajes a los sencillos carritos. Las primeras de Chile y del Continente en esos menesteres. Desgraciadamente sus nombres no se han conservado, y se perdió en la noche de los tiempos. Este par de audaces amazonas, amanecieron ese día lunes en Santiago cobrando los pasajes en los tranvías urbanos que corrían por la amplia Alameda de las Delicias y demás empedradas calles. Al día siguiente, parece que les dió ánimos ese heroico intento de las dos muchachas, y salieron 6 mujeres más al "servicio", y el día 24 se atrevieron otras 14 valerosas mujeres más a cobrar pasajes en los carritos de a caballo, importándoles un pepino lo que dijeran de ellas las otras mujeres escandalizadas, o varones asombrados con los ojos que ya se les arrancaban de sus órbitas, al verlas pasar encaramadas arriba del carro, en que algunas por su función específica, descuidaban fugazmente su tradicional recatamiento, y despreocupadas dejaban ver un centímetro más arriba de su escondido bien torneado tobillo femenino, ocasión que aprovechaban los jóvenes y hombres de esa candorosa época moral para extasiarse ante ese espectáculo desconocido para más de alguno de ellos y, por añadidura, . . . enteramente gratis en plena Alameda de las Delicias. . .

Los pasajes de los primeros tranvías eran ridículamente bajos, primera clase 5 centavos, y la clase popular la risible suma de $2\frac{1}{2}$ centavos, o sea una ficha. Y las Cobradoras pedían sus pasajes con monedas divisionarias en forma de fichas de colores, una



Una cobradora de carro urbano en 1889. Un dibujante y pintor extranjero, Thulstrup, de paso en Chile, le llamó mucho la atención las actividades de estas mujeres que eran únicas. No resistió el deseo de darle trabajo a sus lápices y pinceles, y captó esta hogareña y común escena diaria santiaguina en un carrito de sangre, pintando esta novedosa tarjeta el año 1889.
(Foto gentileza especial de don Carlos Peña Otaegui)

roja era para un boleto de "primera clase", y otra negra era para la de "segunda clase". Y había gente que testarudamente las llamaba conductoras, "conductora", y no se acostumbraban a llamarlas como tal era su trabajo: Cobradoras. Y era tan tradicional eso de conductoras, que en el viejo Santiago antes o cercano al Primer Centenario de nuestra Independencia Patria, que se les tomó en solfa, y a costa de ellas, se confeccionaron estribillos y coplas que los jóvenes de la época con vestón con mucha solapa, su infaltable tongo, y con sus respectivos mostachos bajo sus narices, silbaron por la quietud de las empedradas calles santiaguinas, la melodía de las coplas que las vedetes de las Compañías del viejísimo Teatro del antiquísimo también Portal Edwards de la capital: el Teatro Politeama y también el Teatro Santiago. Cantaban refiriéndose a ellas noche a noche, las españolísimas coupletistas en que actuaban en una de las múltiples diversidad de orden en el tinglado de la farsa, con el nombre de género chico, en forma de Vaudeville, las Compañías de Operetas y Zarzuelas españolas del sin par actor Pepe Vila, español de origen, pero chileno de acción. Ancló aquí y no se movió más, idéntico al otro gran actor genio español también de Joaquín Montero.

Juntos ambos desde el viejo tablado y proscenio del Politeama y el Santiago, hicieron gozar candorosamente a esas buenas gentes de principio de este siglo con su incomparable trabajo. Pepe Vila y Joaquín Montero exhalaban sus últimos suspiros aquí en Chile. Ambos descansan en esta generosa tierra para siempre, juntos con miles y miles de los espectadores que mil noches de gloria muy lejana, los aplaudieron a rabiar, y que ahora duermen igualmente como ellos, el sueño sin despertar en el Cementerio General, lugar de reposo de esos grandes artistas españoles: Vila y Montero.

Y con la bella y muy pegajosa melodía musical de Orfeos en los Infiernos, las atrevidas bailarinas y audaces para la época, después de bailar el Cake Waltz y el Can-Can, y al finalizar éste, tradicionalmente se daban vuelta todas las chicas, saludaban al público, levantándose las ruedudas polleras mostrando toda la parte donde... ¡termina la espalda!... oculta ésta con un gran calzonzazo de grandes vuelos. Panorama éste que miraban con gran avidez y codicia todo el auditorio de candorosos varones de años y más, ¡aún ingenuos e inmaculados, en observar partes fe-

Estas codiciadas y audaces coupletistas, cantaban unos versos estribillos que se referían a esas intrépidas y osadas cobradoras.

Claro, se supone en forma satírica y con arreglo a la forma de la farsa del teatro, ellas con voz salerosa, de legítimas majas españolas, cantaban así:

Un paco de guardia estaba
la otra noche en el Portal,
con su guapa cobradora pololeaba,
lo sorprendió el Sargento y le dijo:
¡Mira que estás en pecado mortal!

El mentado "paco" (antiguo guardián de policía), para disculparse de la "pillada" que le había hecho su superior, cínicamente y poco varonil, le contestaba también como descargo al verse pillado, en forma cobardona, este estribillo:

¡Mi Sargento!, si es una ficha negra,
si es una colorá,
¡si es una conductora
que no vale ná!

Sin pretender ofender a las cobradoras de los tranvías, llamadas testarudamente por todo el público con el curioso nombre de "Conductoras"; sin faltarle groseramente el respeto en ese su heroico trabajo, era que en estos cándidos e inocentes couplés de antaño, en ellos en forma simple tomaban como base para divertir al público, a ese público que... ya se fué.

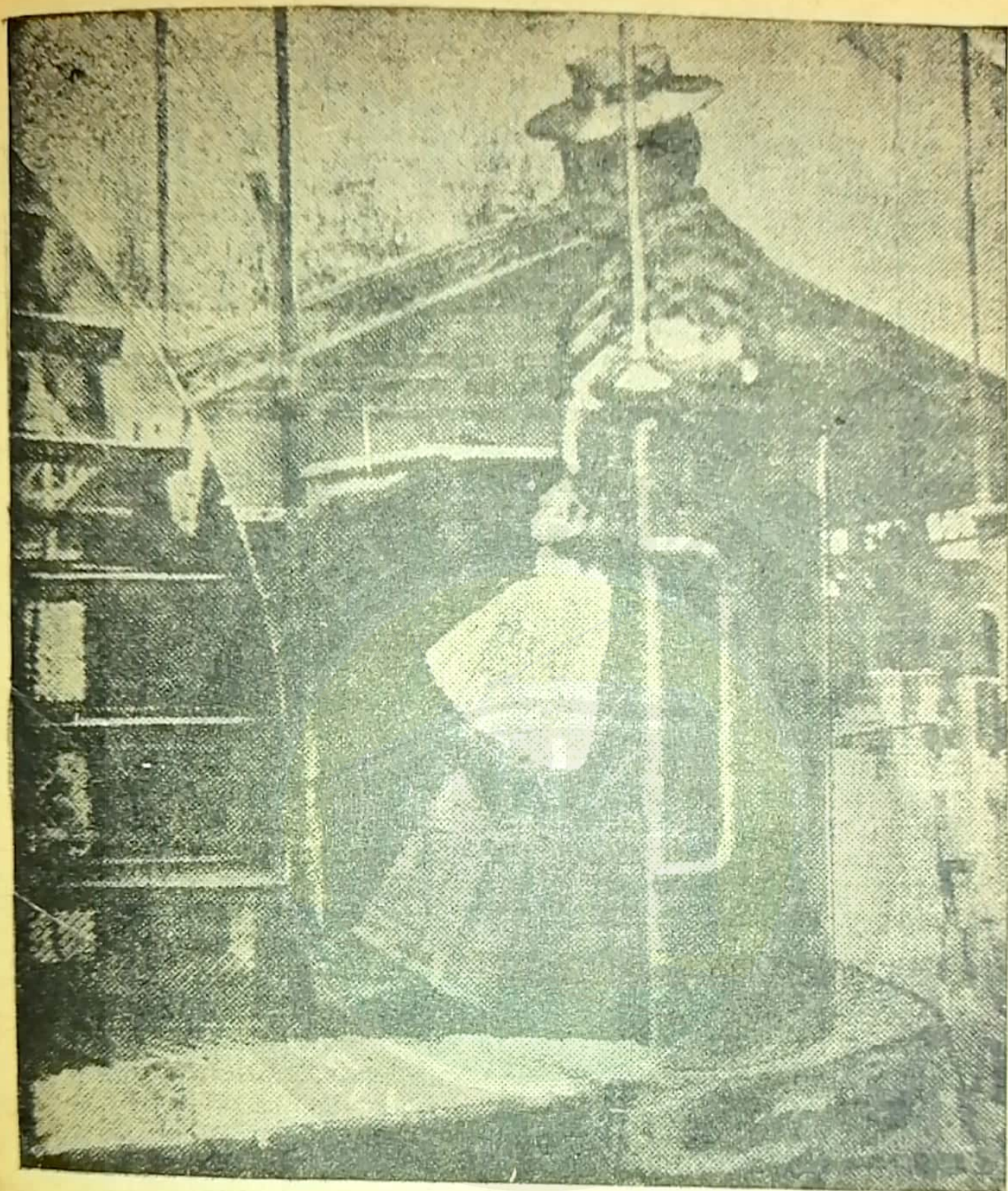
Así pues, que hasta en el tinglado de la farsa, el teatro (1), ha habido cabida y tema para incluir en ellos, claro que con sana e inocente ironía, a estas amazónicas y valientes desaparecidas mujeres, en sus humildísimos puestos de cobradoras de tranvías, que con altivez, arrogancia y orgullo, realizaron y cumplieron fielmente más de once lustros su cometido, cumpliendo su misión que fué de novedad y resonancia continental.

La Empresa de carros urbanos se había mucho antes servido de mujeres en sus servicios, pero ésto en forma secreta. Para observar que todos los pasajeros que subieran pagaran sus respectivos pasajes y vigilaran al cobrador, ya que éste en ese entonces no

(1) En 1914 se estrenó en el Teatro Santiago de la capital, la comedia cómica de N. Yáñez Silva: "Con permiso de Don Juan Luis", por la Cía. Pepe Vila, y el cuadro de más éxito fué el de la conductora de tranvías.

costraba con boletos a la entrada de la puerta. Para tal efecto había un marcador automático curioso y muy divertido, su mecanismo era como sigue: Al pagarle al cobrador, éste tiraba de un cordel y el marcador sumaba un número, y así sucesivamente. Pasado un tiempo que subía y pagaba, el cobrador debía hacer funcionar el cordel. Pero... a veces el cobrador se cansaba de tantos tirones, y... se guardaba para él el dinero, economizaba energía y se ahorrraba de tanto tironear. Las mujeres "secretas" de la Empresa, yendo en esos carros, iban "sapeando" al cobrador su actuación, y como reales "espías" funcionarias iban después de ver esto, con el "cuento" a la Gerencia, el despido no se hacía esperar. Claro está que a veces surgieron romances entre la "secreta de la Empresa" y el guapo cobrador. Surgía por obra y gracia del desnudo chiquitín llamado Cupido un volcánico idilio, que servía para que la espía llegara a cerrar los ojos de amor, y no se acordara de mirar nada más que a su Romeo Cobrador espiado. Luego a ella le importaba un bledo ahora fijarse en el cordel, y si este novio cobrador lo tiraba o no lo tiraba. La "sapa" de la Cía. hacía la vista gorda si su tipo tiraba o no tiraba ese prosaico y moledera de cordel! Ella no se fijaba para nada en el cordón, y él... ¡tampoco! Claro que la Jefatura se demoraba muy poco en saber de este imposible amor funcionario, antireglamentario y poco comercial para... la Empresa. Y ella les daba la oportunidad a ambos, para que iniciaran su luna de miel ipso facto... ¡fuera de la Compañía!, regalándoles a ambos el no envidiable obsequio de bodas, que se sintetiza en esta palabra: "Despedidos".

Pero no todas las "secretas" caían rendidas por Cupidos en brazos de los cobradores, olvidándose del control y del cordel, no; hubo algunas que eran "re malas", "re pacas", "re natre". Y en vista del éxito de ellas por su honradez, la Empresa decidió ascenderlas a... cobradoras! Al principio hubo resistencia hasta del mismo público, que abogaba por los hombres, diciendo que estas entrometidas no servirían para desempeñar ese puesto que sólo era para un varón. Pero la Empresa se empecinó ese año 1883. Y ese fué el año cero, año cumbre para la liberación de la mujer que sale a trabajar a la calle. Y dando un inmenso mentís a las habladurías de las gentes, que decían que las mujeres "no servían para nada", una de estas cobradoras se portó un día como un recio hombre. Sucedió que un carro atropelló a un despreocupado niño, el cochero o conductor del carro se paralogizó por lo que había hecho, pero no se le paralogizaron las piernas, no, porque se tiró



1912. Una cobradora con su clásico sombrero cordobés. Se divisa en su carro parte de la temida escalera caracoleada a la imperial que tanto sofoco hacia padecer a las damas al subir o bajar por ellas. La feliz expresión de su cara equivale y era el símbolo del tiempo aquel en que se vivía. En aquel tiempo en la capital era corriente, ver tal como en la foto, las plataformas de los tranvías semi vacío, escasamente solo con el personal arriba de ella. Los de la Alameda, a la llegada de los trenes tenían seguros clientes que le hacían compañía a la graciosa "conductora". ¡Eran otros tiempos en que había exceso de locomoción! ¡El drama cruel era para los vehículos, por la escasez de pasajeros y el déficit enorme de clientes que se apreciaba para ellos en aquel Santiago que se fué!

carro abajo, huyendo a perderse por la Alameda abajo. La cobradora, con una decisión de adelantada y precoz heroína de cine, tomó sobre la marcha en plena Alameda la dirección personalmente del desbocado carro, y reciamente manejó las riendas de los jameigos, ocupando el puesto del "valiente hombre de responsabilidad", que aún corría a lo que daban sus piernas, como entrenándose para un "Cross-Country". La varonil cobradora manejó el carro, cobró pasajes, dió vuelta, y llegó hasta el terminal de la Garita de Plaza Argentina. Allí entregó todo lo recaudado, dirigiéndose luego al próximo Cuartel de la Policía, dando cuenta al Comisario de todo lo acaecido: Que ocupó ella el puesto del auriga que había huído cobardemente ante la evidencia de un atropello, y que ella, siendo mujer, se tuvo que poner simbólicamente los pantalones, prenda que no se sabe si la llevaba puesta o nó, el auriga prófugo...

Por esta causa, la Empresa valorizó aún más a la mujer, y desde aquel día, a causa del auriga fantasma, "corredor y poco hombrecito", surgieron y brotaron más mujeres arriba de los tranvías urbanos del viejo Santiago de 1883.

Ahora estas cobradoras desaparecieron por completo en aras del cruel progreso. Ellas tuvieron que iniciar también su nostálgica y cruel retirada. Esto sucedió en el mes de Diciembre de 1940. Esta fué la fecha de muerte de estas cobradoras de los románticos tranvías. Esa fecha para muchos, prosaica y de ningún interés recordatorio, fué agonía, muerte y desaparecimiento total de estas tradicionales mujeres santiaguinas y también porteñas. Se apreció desde el agonizante año 1940, su ausencia nostálgica, definitiva de las calles de Santiago, calles que tantas veces ellas mismas le dieron un colorido tan peculiar, inconfundible. Estas abnegadas y heroicas mujeres, abandonaron su puesto obligadas por la imperiosa orden de la Empresa, por estar ésta abocada a nuevas disposiciones de garantías colectivas que se les debía conceder a los asalariados, obreros y empleados, amparados por nuevas leyes y códigos. Así fué como a este sexo, muy mal llamado a veces, y sin razón, débil, se les ampararía en el futuro en el trance primordial de ellas, ¡la maternidad!, no porque fueron laboriosas cobradoras le estaba vedado ser madres, ¡no! La naturaleza para eso no entiende de falsas distinciones, es pareja para todas. A todas por iguales les da la aureola invisible de ese gran misterio glorioso.

A la Empresa se le exigió tener Salas-Cunas, que no pudo conceder, en que en ellas debían dejar las cobradoras que criaban niños, sus hijos pequeños bajo ese cuidado. Mientras ellas durante su esforzado trabajo estuvieran ausente ganándose su sustento, cobrando los pasajes, dándole la partida al maquinista en cada paradero, colocando el trolley o tomacorriente, cada vez que este malhadado aparato se descarriaba del cable aéreo que transmitía la energía eléctrica a los escondidos y misteriosos motores, que daban movimiento al tranvía. En esto del tomacorriente, las cobradoras, quiéranlo o no, tenían que saber iniciarse en el deporte de "Achuntarle al cable", cada vez que la ruedecita o polea del tomacorriente se disgustaba de andar rodando por debajo del grueso alambre de cobre, y se salía de él, la cobradora iniciaba la práctica de la puntería. Y tomando la sogá de la cual iba amarrado el tomacorriente, no sin antes ella se acondicionaba su coquetón sombrerito de hule negro, estilo cordobés, implemento de su uniforme femenino de cobradora, que luego fué reemplazado por otro de diminuto tamaño, un sombrero de paja negra, también era tan diminuto que parecía de juguete. Y, por último, el postrero, una especie de gorra gris, gorra con la cual esas heroicas amazonas santiaguinas, de clásico recuerdo y tradicionales figuras en la capital, emprendieron la retirada. Y con ellas encima de sus cabezas, ocultaban sus voluminosos moños empolvados por la nieve de los años que el tiempo les nevó. Y así con ese implemento, parte de su femenino uniforme, se despidieron todas ellas, es decir, las últimas sobrevivientes que existían en el gremio tranviario femenino, se alejaron para siempre de la vista de Santiago, que ya nunca jamás las verá.

Sigamos, la cobradora se arreglaba el sombrerito en forma que no hubiera peligro al mirar detenidamente al cielo, cuando fuera intentar poner en su sitio ese pícaro tomacorriente salidor, y no se le fuera a caer de su cabellera. Ese original sombrerito histórico y tradicional del Santiago que se fué, cooperaba mucho a resguardarse del vislumbre y destellos a veces de la atmósfera del cielo, o los rayos incesantes, fuertes y molestos del sol a sus ojos, que con vista de águila trataban de achuntarle al mosvible y diabólico alambre rojo, que parecía que adrede más se balanceaba, como evitando que la cobradora saliera airosa en su faena de hacer puntería, para dar rápido contacto eléctrico a todo el carro. Pues apenas se besara la polea con el escurridizo alambre rojizo, el tranvía recobraría con este ósculo otra vez el soplo invisible de vida, que le inyectaban a las bobinas y a sus

motores complicadísimos, siempre ocultos a los ojos profanadores de las gentes.

Por estas actitudes varoniles que se veían a diario hacer a las cobradoras, en tan poco femenina faena de colocar el trolley en el cable aéreo, las pobres se veían obligadas a oír chirigotas a causa de su mala puntería. A causa de su nerviosismo, o por mala suerte era que el cable colorado no se estaba nunca quieto para encharfarle la ruedecita corredora, soportaban no siempre para encharfarle y con humildad, las infinidades de cuchufletas de los espectadores curiosos y novedosos, observantes de tan curioso menester tan poco femenino, de los lustrabotas, cargadores, suplementeros, y otros especímenes de transeúntes, especialistas espontáneos en decirse y lanzadores de frases mitad con malicia y la otra mitad subidas de color. Por eso, al no tener éxito las cobradoras en las primeras tentativas de encarrilar el tomacorriente al cable, los burlescos y gratuitos mirones de "ese" espectáculo, era seguro y muy común oírles estas molestosas frases que le decían:

— "¡Achúntele pues m'hijita!"

— "¡Chaucha a que no le emboca!"

— "¿Qué le pasó anoche que tiene tan re-malo el pulso m'hijita?"

— "¿Quiére que yo se los coloque m'hijita? ¡yo soy como ha-cha pá eso!"

Con estas pullas dichas en alta voz en plena calle y ante un seguro auditorio que de todo podía carecer, menos del sentido del buen humor y lo grotesco a costa ajena, siempre al oír algo que les reportara una despampanante risotada a costillas fuera quién fuera, ponían a veces coloradas de pudor a las novicias Cobradoras, a las otras no. Ya estaban curtidas y sus órganos auditivos acostumbrados a las gruesas palabrotas, fueran como fueran de groseras y sicalípticas.

Estas mujeres tienen el inmenso honor y privilegios de ser iniciadoras y precursoras en Chile del trabajo audaz e independiente en la mujer. Audaz en realidad era, por la calidad de su sexo. Tenían que vérselas cara a cara con el latente prejuicio de la época. No en balde eran esos graves y austeros años 1883 y principio del siglo XX, en una saliente época dormilona y casi Colonial, en que tenían que arrostrar toda clase de choques de caracteres, vejámenes, burlas, ya que ellas iniciaban el trabajo de la mujer en la calle. Tenían que vérselas con un público heterogé-

neo de diversas clases de personas en plena calle pública, aguantarles los diferentes e incontables clases de genios, y sus reacciones igualmente infinitas.

Por eso al salir por primera vez a la calle estas modestas, valerosas y audaces mujeres, dieron muestra de gran valor para la época que lo hicieron y vivían. Atreviéndose a todo, por ganarse ellas mismas su sustento en el puesto de Cobradoras de los tranvías de Santiago. Lucharon con el escepticismo cruel y burlesco, para poder ganarse honradamente la vida arriba de un vehículo rodante, sobre la plataforma de un tranvía. Iniciaron esas ignoradas mujeres una sutil liberación, marcando rumbo al derecho de salir a la calle a trabajar a la mujer. Ellas barrieron con los añejos, hipócritas e imbéciles prejuicios que pesaban sobre la mujer, para no darle oportunidad a que trabajara, ya sea en cualquier categoría, baja o superior, pero al fin era trabajo.

Estas valientes y audaces mujeres, para el tiempo que actuaron señalaron con su ejemplo para su sexo, un futuro alentador de independencia económica, forjados por ellas mismas. Antes era nulo todo intento. Precursoras fueron ellas, humildes mujeres cobradoras de este principio: que una mujer podía desarrollar dignamente un trabajo cualquiera, siempre que sea apropiado a su sexo. Ellas solas con su presencia en su labor, destrozaron y aniquilaron los caducos prejuicios que se mantenían: que la mujer no debía trabajar, salvo las de las clases pobres, en su habitual puesto de domésticas o cocineras de casa grande. No debía trabajar la mujer, ¡ni menos en la calle! ¡y todavía tratar en ella con el público! Pero ellas triunfaron, no sin antes soportar toda clase de burlas, sátiras, crueles risitas de los numerosos rostros que las observaron, cuando hicieron sus primeras apariciones en las plataformas de los sencillotes vehículos llamados con todo desparpajo: tranvías. Cientos y miles de enormes ojos escandalizados de los vecinos del viejo Santiago, vieron por primera vez en los días agonizantes del siglo 19 en las calles, cómo una mujer se ganaba sola su pan independiente ¡y en qué forma! Con un esfuerzo físico a veces muy distante de ser muy femenina su labor.

Fueron ellas las primeras mujeres en Chile que usaron uniforme. Claro está, que antes lo habían llevado otras congéneres de ellas, pero en otro sitio distinto y de diverso menester, las famosas Cantineras de las heroicas gestas de la Guerra del Pacífico, dignas del recuerdo y veneración por su tenacidad y heroísmo

que supieron aguantar aquellas arrojadas hembras, sobreviviendo en el recuerdo para la posteridad, que ya eso es mucho en decir, en aquellas campañas del Desierto de la Pampa, marchando con ellos los hombros con los heroicos tercios soldados. Padeciendo con ellos los mismos sinsabores e iguales sacrificios y penurias, por los eternos e infinitos arenales del Norte. Aquellas valerosas y modestas mujeres llevaban enfundados sus cuerpos con los gloriosos paños que les daba la Patria. Uniformes éstos que se empaparon y los llenaron de valentía, sacrificio y heroísmo, una Irene Morales, como una Sargento Candelaria Pérez.

Estas cobradoras tranviarias eran las únicas personas del sexo de la compañera de nuestro primer padre Adán, que sus atributos y cuerpos, iban tapados cruelmente como una penitencia obligadamente, sin la más mínima coquetería, exenta de garbo femenino. Aprisionados sus triunfales bustos, e iba "eso" y todo lo demás, sólidamente oculto bajo una gruesa blusa de paño sin animoso color, ni estilo, corte, ni gusto de cosa que se pareciera a algo con gusto a moda. Parecían casacas de 11 varas. A todas les quedaba nadando de grande, encima de la falda, iba el característico y tradicional delantal, que le llamaban sí, pero era un pedazo de lienzo blanco que no era más grande que lo que es un pañuelo. Se les veía coquetón, simpáticos y mononos hasta en las cobradoras viejas. ¡Pobres viejas cobradoras! con lo único que se defendían de esa desleal competencia de los otros claros recursos de las adolescentes, y atributos naturales aun en "vigencia" de las jóvenes, era con el coquetón y diminuto delantal aquél.

Las pobres tenían su "carrocería" un poco sin lustre y pasada de moda, desvencijada, y deformada por los infaltables rollitos de la gordura y obesidad, con que premian la duración al cuerpo humano, el inacabable tic tac del tiempo.

¡Pobres viejas cobradoras!, también tuvieron su drama, a causa de esos malditos años que ponen tan en cruel desventaja siempre tanto y tanto, pero mucho más en las mujeres. ¡Pobres viejas cobradoras o cobradoras viejas!, ¡mudo, silencioso y público transcurrió y fué su calvario!

Las cabezas de esas cobradoras como antes se ha explicado, eran cubiertas por un "canotier", o (sombrero de paja), coquetón sombrero que era sujetado en la cabeza de las conductoras con inmensos alfileres con grandes cabezas que atravesaban de parte a parte el monumental moño que iba debajo de él. Eran sus peque-

ñas alas del canotier encurvadas hacia arriba en la parte de atrás. Algunas que eran más coquetas, y "apequenadas", se ponían el sombrerito bien ladeado al ojo, y con la alita semi encurvada a un lado. Esa modalidad de usar así el sombrero, se conocía entre el vulgo: usarlo "a lo lacho". Estas que usaban así el canotier, "a lo lacho", eran anticipadas "vampiresas"; tranviarias mujeres fatales; las Pin-up del 900, y... claro, estas cobradoras hacían su jornada muy entretenidas, muy acompañadas y en forma muy amena, pues jamás, nunca, la plataforma donde iba trabajando una con el sombrero así puesto, iba vacía. Siempre llena y completa de simbólicos y platónicos admiradores, que daban vueltas y más vueltas en carro y... no se bajaban nunca! Parecía que ella era una Reina que viajaba en un trono rodante, rodeada de su corte de vasallos y admiradores de todas las edades y que recorría en aquél simbólico trono, calles y más calles de su reino.

Después se trocó el canotier de paja negro por uno de hule estilo cordovés. También eran simpáticos, pero el de paja mucho más. Era más femenino, tiraban más pinta. A este de hule no le podían enroscar para arriba las alitas, eran muy duras, eran rígidas. No servía para transformarlo "a lo lacho".

Se presume que la Empresa tomaba esa sutil precaución de afear las siluetas de sus cobradoras con esos sacos de uniformes antiestéticos, para poder conservarlas en el puesto, retenerlas en sus funciones. Pues antes de darles esos sacos de uniformes las cobradoras jóvenes y no jóvenes duraban en el puesto un suspiro, ¿causas? Que las que eran terriblemente agraciadas, núbiles y muy "cabritas", en ese puesto se exhibían y daban a conocer su "arrastre", sus atributos con que las había premiado la Madre Natura, y... luego dejaban la pega, porque entre los pasajeros había uno que no sólo le pagó su pasaje, sino que le ofreció su corazón con Libreta Civil y todo. Hubieron cobradoras tan bonitas, y jovencitas, en los tranvías, hasta la segunda década de este siglo que no pasaban de los tres lustros de edad, que entusiasmaron y hechizaron tanto a los varones santiaguinos, que muchas no alcanzaron a trabajar ni el primer día completo, pues a la segunda jornada ya no volvían más, ¿para qué? Si un joven pasajero buen mozo, que subió sólo por seis cuadras, al pagarle le había hecho proposición de matrimonio, aceptándolo ella después de un "asedio" de andar en carro no sólo 6, ¡sino 66 cuadras!

Y así pues, esta anormalidad del corazón de sus cobradoras con sex-appeal del 1900 con sus clientes varones, obligó a la Empresa, para espantar a los gavilanes y no les robaran sus operarias de los carros a vestirlas como esquimales. Pero así y todo, las cobradoras jóvenes y bonitas no hacían carrera en la Empresa. Algunas entraban a trabajar solteras un Lunes y ya el Jueves eran señoras con todas de la ley y con su respectiva luna de miel en trámite... o "en vigencia"...

Dicen que existieron unas hembras tan lindas en aquel puesto de cobradoras, que lucieron su donaire, su belleza, su garbo y pinta en los carros eléctricos en la capital, que algunos ejemplares de estas mujeres chilenas tuvieron suerte en el amor y no tuvieron mal destino. Y según cuentan por ahí que una era tan linda, tal vez la mejor de toda la troupe, que un Oficial de alta graduación, de un cuerpo armado de la capital, no tuvo temor al qué dirán, y le ofrendó su nombre y corazón. No es el primer caso de estos admirados y sorprendidos romances, la historia cuenta de muchos de antaño y recientes. Pero uno piensa para sí: ¡Pero qué debe haber sido bonita esa cobradora de los carros de Santiago, que le absorbió el seso a ese alto Oficial!

Todo esto sucedía y transcurría ese embrujo y sortilegio de aquellas desaparecidas figuras femeninas, que brillaron con su presencia simbólicamente como algo típico y autóctono a principios de este siglo, calles y arterias de Santiago, cuando ellas reinaban en la locomoción, y la capital no era una colmena, ni una casa de esquizofrénicos, de paranoicos y neuróticos de nuevo cuño en las esquinas y paraderos actuales. Eran días felices en que todas las calles de la capital pasaban continuamente con las puertas empapeladas de las casas, con aquellos extinguidos avisos: **SE ARRIENDA ESTA CASA; SE ARRIENDAN PIEZAS; SE ARRIENDAN DEPARTAMENTOS**, etc. Y que esos cánones de alquiler eran tan ridículos por lo bajos, que habían casas con 12 piezas, empapeladas con papel floreado, y dos patios, que se arrendaban en \$ 130.—, y a pesar de eso el papelito se demoraban en sacarlo, hasta que el fin... ¡la arrendaban! Tiempos contemporáneos de aquellas cobradoras, era cuando en Santiago el pueblo comía a 10 centavos el plato en cualquier fonda, así se llamaban las pensiones y cocinerías, y el sustancioso y apetitoso bife "a lo pobre", realmente podía llegar a consumirse en las bocas de los que su nombre lo indica, pues este gusto gastronómico

mico de "buen vivre", ¡costaba sólo \$ 1.30! Realmente esa época era dichosa en todo sentido. Había sobrante de todo. Nada escaseaba. Todo regalado. Llegar, agacharse y cogerlo, nada más. Una casa con 32 piezas en la calle Carrión, se vende al contado en \$ 1.400.—. Esta oferta salió realmente al público en "El Mercurio" un 26 de Septiembre de 1904. A lo mejor al dueño le costaría mucho hallar comprador, tal vez nunca encontró uno. Así como también otro aviso de ese mismo día: una señora que había perdido en la calle \$ 8.—, rogaba que se los devolvieran a Huérfanos 2360. Este aviso curioso tal vez tuviera éxito, y la señora contara y recuperara nuevamente sus íntegros \$ 8.—. ¡Ah!, pero entonces hacían sólo cerca de 48 meses no más que había empezado a andar en el reloj de arena el terrorífico siglo XX!

Aunque esto parezca imaginario, vulgar y de extraña veracidad, la verdad es que tiene mucho de esto último. No tiene por qué acaparar extrañeza y admiración ese disparatado romance de aquella amada y linda cobradora para algunos. En las antologías de grandes amores y citas mundiales referentes a este inacabable tema básico de la especie, existen infinitos, curiosos y extravagantes romances inverosímiles, en que hombres y mujeres perdieron la cabeza por causa de ese tirano que llevamos dentro, y que algunos suelen llamarlo... corazón.

Ciertas cobradoras habían de físico excepcionalmente agraciado, y de despampanantes formas tridimensionales, sin cinemascopio ni pantalla panorámica, porque había de todo, feas y bonitas. Estas últimas, fueron la real causa de que algunos vecinos de Santiago conocieran indirectamente y sin precisarlo, lugares lejos y retirados de la comuna. Sin quererlo conocieron otros barrios. Anduvieron por insospechadas calles que ellos ignoraban su existencia, y sin tener motivo especial en ellas, las recorrieron de punta a cabo.

Sucedía eso así. Un caballero joven o maduro, varón soltero o casado, pero hombre al fin, esperaba carro tranquilamente, digamos por ejemplo, en la Alameda. Ahí esperaba uno para ir a la calle San Diego, y en el desfile incesante de carros que pasaban, en espera del preciso que lo llevara al barrio Matadero, tras que pasaba uno que no era este preciso, pero que venía en él trabajando una apetitosa cobradora de "rechupete", joven, de buena "caja", y todavía con el sombrerito de paja a "lo lacho". Verla el aspirante a pasajero al carro Matadero quedaba al momento prendado de ella, y sin titubear ni esperar ni un milésimo de se-

gundo, y sin pérdida de tiempo en averiguar ni indagarse para qué calle o barrio iba ese carro, subía a él no más...

A veces el caballero o joven aquel que esperaba carro N° 15 Matadero se había embarcado en un carro 11, Providencia, y no por error o equivocación, no, si no que había subido subyugado por los encantos de aquella "macanuda" y "churro" cobradora. Y así era como comúnmente sucedía, que aquellos varones con ancestro de tenorios impenitentes, solían pasearse de vez en cuando, imprevistamente, por distintos barrios, por calles que no habían conocido jamás, ni ellos ni su familia. Era una nueva forma de turrístear por la Comuna de Santiago, sin desearlo ni sospecharlo siquiera.

El origen de aquellas "jiras" por extramuros y barrios apartados, donde llegaban los carros eléctricos, eran aquellos "churros" del 900, que solían a veces haber arriba de un tranvía, en fundadas en un prosaico uniforme de trabajo. Eran las "conductoras", las vedettes para muchos varones tunantes bribones en ese santurrón Santiago de principios del siglo XX. Eran para muchos a las únicas mujeres que se animaban a lanzarles un requiebro amoroso, o un suspirado piropo, sin que les pareciera mal ni... se enojaran. Pues en aquel bondadoso tiempo, aún los varones enamoradizos, no sabían dar silbiditos para demostrar el Visto Bueno de las condiciones físicas de una hembra catalogada por sus vivos ojos como una beldad y con condiciones de ello... a la vista. Los piropos de esos galanes de pantalón apretadito, americana con solapas cerradísima, cuello de pajarita, sombrero calañés o tongo, eran explosivos, pero desconocían el moderno clásico musical silbidito, cuando quieren demostrar que tal o cual hembra es acreedora a tal melodía musical ejecutada con labios varoniles.

Había veces que maduros varones solteros, y algunos otros de situación, estado civil muy comprometedor y sugestivo con las muchas obligaciones de ser jefe de algún prosaico hogar, que recorrían desorientados calles desconocidas, pasaban extraviados por barrios que jamás nunca antes habían visitado en su larga vida, por mucho que hubieran recorrido la capital, y que ahora por el milagro de aquella pizpireta y voluptuosa joven cobradora, como embrujado, magnetizado y en trance, lo había hecho subir a ese carro de distinto recorrido preciso al cual él esperaba, absorbido y flechado por la rara simpatía que le auguraban esos grandes ojos negros de tan tentadora mirada de aquella cobradora, con

figura y rostro de mujer francesa de tarjeta postal contemporánea, muy en boga en aquellos días en el viejo Santiago.

Y así ocurría, en que por culpa de algunos de esos "churros" de esos lejanos días, que se les presentaban a los varones de la capital y de Valparaíso, en la figura prosaica y humilde de la cobradora de carro se descarriaban y descarrilaban. Varios hombres se perdían y turisteaban por esas desconocidas calles de Dios, siguiendo y acompañando como perrito faldero a esas "conductoras" de volcánicas miradas, de cuerpo más volcánico aún, y con mucho "glamour" por calles y barrios de ignotos y desconocidos nombres.

Así eran aquellos disparatados casos de varones que querían dirigirse al barrio de Providencia, luego se les veía dando vueltas y vueltas en carro por las calles bravas del Matadero. Otros, que su propósito original era ir al florido barrio de Ñuñoa, terminaban tomando un carro N° 4 San Pablo, y recorrían en él horas y horas por el barrio chino de Matucana y Rosas, y demás vías y calles de la Tercera Comuna de Santiago. A veces otros enamorados impenitentes tenían intención de ir a la Estación Central, y por subir al carro que pasaba primero con una cobradora bonita y "churro", los pillaba la noche recorriendo vueltas y más vueltas por el barrio de Recoleta o de la antigua Cañadilla, y terminaban agotados casi esa "jira" turística por causa del amor a primera vista que les había hecho inspirar una pasión inmediata.

En suma, todo esto pasaba con los tenorios capitalinos, que esperaban un número de recorrido de carro preciso, y en la espera atisbaban en un carro diferente de número y recorrido al que esperaban, en el que venía una cobradora buenamoza, con varias cosas más, como en tercera dimensión, con un glamoroso sombrero echado al ojo a "lo lacho". Al hacer él ese "hallazgo" subía y abordaba ese carro con una velocidad eléctrica ipso facto, sin más ni más, sin perder el tiempo en prosaicas y estériles cavilaciones, ¿para dónde iba ese carro? ¡Psh! a él le importaba un comino. ¿Por qué calle se internaría arriba de él? Eso a este Romeo imprevisto de amor a primera vista le importaba un grano de... sagú.

A muchos, pero a muchos varones santiaguinos, y afuerinos de paso en la capital, de diversas y variadas situaciones de estados civiles, los pilló la "hora de la oración" por los extramuros de la ciudad de Santiago, muy lejos, pero muy retirados del radio de sus

casas, efectuando "jiras donjuaniles" arriba de una plataforma tranviaria, haciéndole grata compañía a una "glamorosa cobradora" muy macanuda y "rechupete", que les había flechado el aparatito ese que lleva adentro el cuerpo humano, y que constantemente hace tic-tac, tic-tac. Cobradoras simpáticas estas de antaño que indirectamente hacían concebir ideas pecaminosas "non sactas" en sus cacúmenes y otro "yo", intentando atropellar y arrasar con el 9º Mandamiento a muchos buenos maridos, fieles novios y a varios subyugados, obesos y gordos esposos.



1924. Dos típicas cobradoras esperando en garita su carro para luego entrar en acción. Una de ellas es muy tierna y "cabrita", la otra, estratégica y coquetamente hace "teatro" y no se deja fotografiar la "fachada", tal vez porque maliciaba y le tincaba que era lo contrario de lo que exhibía la otra.

Y muchos de ellos efectuaron aquellas imprevistas excursiones en comisión de aventuras galantes en esos movibles románticos tranvías, a causa de que algunas de estas funcionarias cobradoras eran del lado de las pizpiretas y muy dado a Venus e "Bis"

chas" del Dios Cupido, y con su irrefrenable coqueteo habían mirado a aquellos sosegados varones con ojos de "mujer fatal", estilo a lo Francisca Bertini, o les habían ofrendado una guiñada de ojo, a la moda de las chulapas y españolísimas tiples y coupletistas del conjunto zarzuelero del inolvidable Pepe Vila o Joaquín Montero, contemporáneas éstas, a aquellas inolvidables cobradoras singulares, algunas con su cierto "sprit", de aquel Santiago que se fué...

Claro que no todo iba a ser hermosura, lindeza y poesía entre aquellas legendarias cobradoras. Habían algunas de mal genio, feas, secas, repolludas, enojonas, y, de llapa, poco conocedoras del Manual de Carreño. En que la palabra urbanidad, algunas no sabían si eso era el nombre de un guiso francés, o el apelativo de un caballo de carrera. Para algunas eso era letra muerta, cosa de otro planeta. ¡Pero era otra época también!, en que el siglo actual aún lo tildaban de futuro siglo XX.

Por suerte estos ejemplares, como en todo gremio, todo círculo y grupo de humanos, eran limitados y escasos felizmente.

Me contaba mi abuelita que ella cuando era joven, ¡quizás que benditos años serían esos!, tal vez sería en aquellos días ya idos, en que era común, vulgar y corriente el espectáculo ese de ver a las lavanderas jóvenes o viejas que usaban la cabeza como otro miembro más, con una rara y extraña facultad: la del equilibrio audaz y arriesgado sin igual, para llevar arriba de ella sendas y grandes bolsas con ropa para el lavado, y sin tener ningún otro punto de apoyo ni ayuda, ni con las manos ni nada. Caminaban cuerdas y cuerdas por irregulares veredas, malos caminos, subían escalas y hasta ascendían por las caracoleadas escaleras de aquellos carros urbanos "imperiales", y... ¡la bolsa nunca se les caía!

Misterio de misterio de aquellas desaparecidas lavanderas de tan extraña cualidad: que tenían cabeza y eran excepcionales equilibristas! ¿Y estas singulares mujeres no dejarían descendencia? ¿O éstas no heredaron tal gracia? ¿O no quieren demostrarlo por... pituquitas?

Bueno, sigamos relatando lo que me contó la madre de mi madre, decía ella que cierta vez "cuantúa", fué testigo de un incidente que tuvo una cobradora en un carro urbano con "imperial", con un beodo atrevido, y a este adorador de Baco, ella le "vendió pan" y lo "corrió" a... ¡puros cabezasos! En mala hora este ebrio quiso demostrar la supremacía de la fuerza física varonil sobre el

débil sexo de la cobradora. Esta, con estrategia singular, picardía y astucia criolla, tal vez tendría algún ancestro familiar de la Sargento Candelaria Pérez, o de la heroica Irene Morales, supo sacar partido y ventaja sobre ese ebrio macho en forma de pasajero, que quería golpearla por motivos nimios derivado del pago del boleto o pasaje. El insolente tipo le tomó las dos manos para inutilizarle la posible defensa a la agresión de los golpes que tenía intención de propinarle. Ella con vista de lince, se acordó que en su cabeza llevaba su sombrero "cannotier" de paja, y que éste iba afianzado encima de su monumental moño con dos largos alfileres de 30 centímetros, que le traspasaba de parte a parte el sombrero y el montón de pelo para sujetárselo, y sobresalían las puntas de ellos como espinas peligrosas, cual aguzados aceros de pequeñas lanzas, y que esto mismo era argumento previsor de mucho peso para los demás, para no acercarse muy junto a ellas, so peligro de que le ensartaran un ojo y le atravesaran el otro. La cobradora "avizpada", al verse con las manos sostenidas, dió principio a una curiosa e imprevista sesión gimnástica de cabezasos contra el cráneo de su cobarde contrincante y antagonista abusador, con el evidente propósito y obvio fin, de clavarle la cara o lo que sea, con las puntas de los grandes alfileres sobresalientes de su "cannotier" de paja. Claro que la defensa que hacia ella no era muy sutil, ni romántico los recursos, ni era muy femenina su embestida a lo Julieta Capuleto que se dijera, ¡pero había que protegerse y preservarse, y aunque fuera eso a puros... ¡cabezazos.

Y dicen, es decir, relataba mi abuela, que aquella cobradora cabeceaba tan bien la cara del atrevido ofensor, cual nuevo toro de Miura, que corneaba la capa de una audaz verónica torera, que parecía que toda su vida no hubiera hecho ella otra cosa que eso cabecear y cabecear como un torito, cabrito o nuevo ternero, y hacía todo con tanta precisión, constancia y regularidad ese momento, de tratarle de clavarle los ojos a ese atrevido hombre que quería pegarle, que más de algún alfilerazo debe haber hecho blanco en el rostro del insolente, pues éste luego abandonó la lucha todo arañado y picoteado con esas puntas de acero que fueron su salvación en su inesperada y hábil defensa de la integridad física en esa lista cobradora de antaño, quien a puros liempios cabezazos sacó por "retiro" a ese audaz, con sólo su insolentivo (al parecer) sombrero de paja. ¡Sabe Dios si a ese provocador tipo, después de aquella original defensa de esa lista ama-

zona, le tomaría una especie de sutil alergia a los alfileres, y también a... los cabezazos! Nada de raro sería que hasta la simetría de su vista hubiera perdido aquel hombre, dejando incompleto e impar el dúo de sus órganos visuales.

CURIOSO Y VENGATIVO ESTRIBILLO

Y fué debido a una escasez de pequeñas monedas divisionarias del peso, es que se autorizó a la Empresa confeccionara por su cuenta monedas o fichas para dar vueltos a los pasajeros que subían a sus carritos. Se hizo, y éstas fueron hechas de goma. Las del tipo de 5 centavos eran de goma roja, y de goma negra eran las que tenían más salidas y movimiento, y eran de un valor de la mitad de las rojas. La gente después se acostumbró a denominarlas fichas. Las rojas eran "las pitucas", las palotes, y las negras de dos centavos y medio, eran las modestas y populares "verdejas" de la época. Los dos colores de esas recordadas fichas han dado origen a un nunca olvidado estribillo, que dicen y aseguran estuvo muy de moda cuando de moda estaban carros, cobradoras y aquellas fichas, y que más de alguno habrá leído en crónicas de antaño ese inocente e inofensivo estribillo muy vulgarizado que se decía andaba de boca en boca, y que como se verá era excesivamente ingenuo y muy simple, y que decía así:

¡Allá va!, ¡allá va!,
una ficha negra y otra colorá
y una conductora
que no vale ná...

Este estribillo como se ve era muy simplón e ingenuo. Pero... habían ocasiones que esto no era así. Algo que ha investigado inherente a esto el narrador, ha descubierto sin querer, y contado por boca de una precisa y auténtica protagonista, testigo veraz de los hechos, de un episodio referente al susodicho vulgar estribillo aquel. Cuenta esta persona que estuvo muy relacionada con esas cuartillas, y que le eran muy común oírlas a cada rato en su tiempo, a la plebe de la capital, el bajo fondo, y el hombre del arrabal de Santiago, en una palabra, la "rotá", el rotito bueno para los retruécanos, como se les llamaba antes lo que ahora se conoce

por talla, les agregaban al final unas frases en son de sorna, con el premeditado fin de "acholar" a la víctima de su sátira, y lo conseguían con creces. Eran unas cortitas palabras. ¡Pero caramba qué palabras "non sactas" aquellas! que hacían ruborizar mucho a cobradoras ya de edad. Al principio a ellas esas cortas frases las desarmaban, las ametrallaban, las fulminaban. Pero luego, poco a poco, se fueron acostumbrando. Las jovencitas cobradoras, o las nuevas, eran las que más les ardían sus mejillas y todo el rostro. Esquivaban la vista, escondiendo rápidamente la cara de los humanos e inmorales ojos de los procaces y burladores, cuando en plena vía pública les gritaban a voz en cuello este sicalíptico, picaresco diálogo y estribillo, propio de un Sketch frívolo de un moderno Burlesque, que lo relato tal como me lo transmitió una sobreviviente cobradora (1), que testigos fueron sus oídos muchas veces de tamaña herejía de aquellos rotos diablos del 900, y era ésta, sin quitarle ni agregarle nada, "los verdejos" de aquella época, les decían así a las cobradoras antipáticas y enojonas y también a las demás cobradoras:

¡Allá va!, ¡allá va!,
una ficha negra y otra colorá
y una conductora que no vale ná....
¡y a ésta, el p... le hace cuá, cuá...!

Una particularidad singularísima y extremadamente curiosa era dable ver en las plataformas de aquellos inefables tranvías. Sucedió que de todos los ocupantes de aquellos vehículos de cualquier recorrido, de los numerosos que deslizábanse por doquier en un enjambre y laberintos de líneas férreas en todas direcciones en el viejo Santiago, que ya decididamente se desperezaba de su letárgico sueño casi colonial, había sobre sus plataformas en repetidísimas veces, una persona con mucho más años que las demás. Era la de más edad, la más vieja, y sin embargo, esa señalada persona, a pesar que su año de nacimiento aventajaba a todas las otras de esa sutil, poco deseada y ansiada antigüedad natural y biológica que dan los pícaros y bribones años, y así, era ella la que iba en el carro en posición muy poco envidiable, en situación desmejorada de los demás, iba todo el trayecto de pie.

(1) Doña Salomé Díaz, simpática viejita de 84 años, reliquia de aquellas heroínas tranviarias, cariñosamente le decían "La Pajarito".

Esa especialísima y extraña persona, no tan extraña, pues su figura era medular en la visión del Santiago antiguo. Su presencia era tradicional en el panorama santiaguino. Toda visita o una tournée por la capital sin verlas a ellas era incompleta. Como decíamos, esa figura inconfundible, parte esencial de la soñolienta metrópoli, a pesar de sus años dilatados sobre su esqueleto, viajaba en la forma menos galante si se quiere, en razón de sus larguísimos años de existencia de sus trabajados y fatigados huesos, y especialmente los de sus extremidades inferiores, junto con sus tibias, fémures, rodillas, etc. Y repetimos, poco galante, en razón de que por su sexo debía por naturaleza ser digna de mayor consideración o franquicia espontánea, por tener y pertenecer al sexo el mismo de la compañera y consorte del primer original **HOMO SAPIENS**, nuestro primer piloso padre Adán.

Pues esa persona de contextura física contraria a la fuerte, y que simbólicamente debía ser superior en jerarquía a todos los que viajaban en esos tranvías, esto es, militarmente hablando, y creyendo ese aforismo como lema que dice: "La antigüedad constituye grado", y a pesar de eso, daba la coincidencia que aquella persona era la que menos grados tenía, y mucho menos la distinguían, ni le daban franquicias o prerrogativas, y esa señalada persona a veces podía ser fácil y legítimamente de la misma edad de la abuela de todos los clientes que ocupaban esos tranvías que marchaban y corrían trabajosamente, por las paralelas de acero incrustadas ya en el pavimento de tierra, o embutidas y reforzadas con buena mezcla de cemento y arena, apretadísimo entre cubo y cubo de millares de adoquines.

Así ellas, esas viejitas simpáticas, viejitas lindas, viajaban todo el camino de pie por un trayecto irregular del recorrido. Era ella la encargada de la parte vital de la industria tranviaria; eran la llamada a recolectar el dinero para el financiamiento de ese medio de transporte. La cobradora recaudando el valor del pasaje, escalonado, ya una ficha, un cinco, un diez y la chaucha, precio éste que fué la tarifa postrera de un valor de la quinta parte de un peso, que fuera cobrado por la movilización por las manos ya temblorosas, arrugadas a veces como pergamino, de esas heroicas y sufridas mujeres, últimas cobradoras veteranas de tranvías, que existieron en Santiago y Valparaíso.

Mientras ella hacía todo el trayecto parada sobre sus cansados pies, infinidades de jovenzuelos, muchachos llenos de vigor, pasajeros con juventud flamante, savia vivificante de un futuro

porvenir, iban cómodamente sentados, descansando todos sus miembros en un reposo reparador. Era disparatado y sarcástico el cuadro que se apreciaba. Una mujer que el peso y cargo de sus años llevaba muy bien el nombre de anciana, y que, a pesar de su gloriosa vejez, aún se ganaba por sí sola su sustento; ¡y en qué forma!, sin la más mínima de las comodidades que era dable aconsejar, y, sin embargo, ella parecía la abuela de todos sus acompañantes eventuales que iban viajando con tanta comodidad!...

La pobre vieja conductora, veterana fidedigna de años, con su cabellera alba en canas, iba todo el viaje de pie, a merced de los barquinazos del saltarín carro.

Anciana que ni simbólicamente era atendida en forma galante, casi en forma despectiva. En muchísimas ocasiones solía verse y admirarse este disparatado, ridículo y prosaico marco de escena: la pobre vieja cobradora cargada en años, en rígida posición en la p'ataforma, y en el interior de su carro todos sus ocupantes jóvenes, cómodamente sentados con mucho confort, y sin tener ninguno de ellos el adjetivo de viejo o vieja en sus semblantes o facciones, que es el más seguro e inengañable de los simbólicos certificados de nacimientos que existen, que con insobornable fidelidad e indiscreción declaran silenciosamente, aunque no se les consulte, cualquiera de las dos caras de la moneda de la existencia, el reverso o el anverso, porque a la vista no hay otra alternativa: o se es joven, o se dejó de serlo.

¡Cómo olvidar y no recordar siquiera por un momento esas afables fisonomías de las últimas y arrugadísimas caras de esas viejitas cobradoras, que muchas veces nos cobraron el pasaje en forma humilde, suavemente, y nos dieron apaciblemente, calladamente el boleto comprobante del pago del viaje. Al subir a un viejo carro, muchas de estas veteranas mujeres se nos figuraba, al topar nuestros ojos con sus pupilas cansadas, ya descoloridas y revueltas por el tiempo, sin la lucidez completa de la visión, factor biológico propio de la ancianidad, y nos hacían recordar sin querer y espontáneamente, la fisonomía de la cara y figura de nuestra vieja abuela, pero aquella había quedado confortablemente en nuestra casa, al abrigo del frío trasminante del invierno, enemigo número uno de todas las viejas y viejos. Ellas habían quedado muy arropadas tal vez en sus piezas, casi siempre éstas son como un micro-museo de objetos antiguos de heterogéneas formas, y ahí ellas pernoctaban libres de cualquier asomo de algún peligro de enfermedad. ¡Y qué distinto eran esas viejas cobradoras, al con-

pararlas con las excesivas precauciones y cautelas que tomaban nuestras abuelas para capear los achaques de las enfermedades! ¡Esas precauciones no podían tomárselas ellas en las frías noches invernales!, no, y así ejecutaban ellas su arriesgado y recio trabajo de cobradoras de tranvías. Sus caras difícilmente se borrarán de la memoria, y recuerdo de quienes tuvieron la oportunidad y ocasión de verlas, conocerlas y tratarlas a esas viejitas cobradoras, últimas descendientes de simbólicas amazonas, que un día muy lejano engalanaron con sus pintorescas tradicionales tenidas, atavíos propios, y sus singulares originales uniformes, el ambiente santiaguino. Decorando simbólicamente con sus especialísimos vestidos y menesteres propios de sus faenas, toda la ciudad entera, alegrándola y animándola por sí sola con su sola presencia, poniendo por ello una nota espontánea de jovialidad, optimismo y alegría, ora por su juventud, o por su auténtica natural belleza, que por tradición tiene la mujer chilena, y tal vez fueron ellas las que primitivamente las primeras, que dieron a conocer, las cobradoras jóvenes se comprende, en forma concreta y mostraron en algo real, "eso", que ahora lo conocen con el vocablo de "Glamour".

¡Viejitas cobradoras que desaparecieron!, muchas de ellas de grises o albas canas, nobles sus cabezas de "viejitas lindas", "ancianas simpáticas", "viejitas amables", se despidieron del ajetreo inquieto, dinámico, materialista y turbulento del Santiago moderno, y se fueron de él, cuando el año 40 moría.

Fueron esas mismas, que al ingresar en plena adolescencia a la Empresa, recién traspasaban la pubertad, principiaron a trabajar rudamente en los carros. Tenían belleza, juventud y ese apreciado desconocido "glamour", y a causa de "eso", varios "zancudos" daban vueltas y más vueltas en el carro de ellas, en una incesante peregrinación, sólo por estar junto a "ella", a esa cobradora joven y bonita, cobradora cabrita, "que era un churro", como se diría en 1955.

Fueron legendarias amazonas de nuevo cuño, que sus actividades peculiares ejecutaban en movibles vehículos. Especies femeninas criollas ya desaparecidas, las últimas muestras de ellas se dejaron ver por postrera vez, cuando finalizaba el cuarentavo año de este siglo. Y así, indiferentemente, ese agonizante año, fueron olvidadas rápidamente por los displicentes, desdeñosos y despectivos ojos de la idolente insensibilidad y sutil indiferencia de la población santiaguina, sin pena ni gloria. Ellas es-

tuvieron arriba encaramadas a una plataforma movible, desde el arcaico y vetusto carrito urbano de sangre, hasta el más moderno "Tranway Electric". Y ahí, poniéndole "el hombro" varonilmente, estuvieron hasta la hora cero de la cuarta década de este inquieto e hidrógeno siglo, que se presiente va a terminar a propulsión a chorro, época en que se conocen infinidades de modernos y flamantes vocablos, que ya forman un índice largo y destilante chorro de ellos: Nuclear, Atómico, Supersónico, etc. Y para terminar con uno nuevísimo, de una sola y escasa letra, que como contraste y paradoja en el abecedario mundial, dicen que es... muda: ¡la H!

Trataremos de hacer la semblanza y descripción física de esas cobradoras, que pulularon un tiempo tanto por las retinas de los santiaguinos, y que no sólo a los coterráneos de la capital causaba admiración y simpatía su vivacidad congénita, si no que muchísimo más a todos los extraños que visitaban Santiago, ya sea los criollos de paso, o los opulentos turistas de gruesas billeteras taconeadas de billetes multicolores extranjeros, o dueños de minúsculos, pero poderosos libretos de cheques de viajes.

Así fué cómo escritores, periodistas, corresponsales de prensa de otras latitudes, se ocuparon de ellas en sendos y novedosos artículos, publicados en letras de moldes en columnas de periódicos de otros idiomas. Ellas eran cosa no corriente, sus vistas eran novedosas para las pupilas de esos personajes de otras tierras personas que recorrían las calles de la metrópoli, en afán de observar en sus arterias, mirar y descubrir, algo digno de anotar en sus bitácoras, o captarlas y aprisionar grupos o escenas en forma gráfica, imperecedera, en sus infaltables negativos de sus novedosas y valiosas Kodak.

Para muchos de los amables lectores es conocido los relatos que hacía en sus memorias a su paso por Chile, una escritora del país del altísimo y magro Lincoln, doña María Robinson Wright, en 1905 contaba en sus crónicas esta "Globe-Trotter Women", esa extranjera periodista, la impresión y novedad, que le había causado encontrar en este rincón del mundo, las únicas mujeres del orbe que había visto que oficiaban de cobradoras de carros, ("Womanticker of tranway").

Casi todas representaban la nobleza e inconfundible de la pinta física autóctona del tipo de la mujer de nuestro pueblo. Las cobradoras jóvenes y glamorosas llenas de picardías de buena ley.